

Isaías Barreñada | Profesor de la Universidad Complutense de Madrid

Tres años después: transiciones, contrarrevoluciones y guerras civiles en los países árabes

Qué balance hacen los ciudadanos de los países árabes que vivieron las vastas protestas prodemocráticas de 2011 o que las vieron de lejos? No es fácil responder a esta pregunta. Muchos siguen evocando con entusiasmo esos días aunque ahora cunda el pesimismo y el escepticismo sobre el futuro inmediato; otros reniegan de ellas ante los acontecimientos vividos estos últimos dos años. Lo que los árabes llaman *revoluciones* (en ningún caso *primaveras árabes*) constituyeron un hito en la historia reciente de la región, equiparable a las independencias de los años cuarenta y cincuenta: el pueblo perdió el miedo y echó a los autócratas. Una euforia única pero que en realidad tuvo un efecto limitado y desigual según los países y las ciudades. Se ha escrito mucho sobre el fenómeno; se ha intentado explicar las causas del inesperado estallido, las claves de su extensión y sus modalidades; se magnificó su novedad y exageró su amplitud; se han difundido también muchas simplezas.

Recordemos no obstante que el fenómeno afectó de manera diferente a la región. Unos pocos países vivieron realmente un cambio político profundo (Túnez, Egipto, Libia, Yemen), los demás fueron sacudidos en desigual medida por los efectos del maremoto, unos sufrieron intervenciones que frustraron los cambios (Bahrein), otros han derivado en guerra civil (Siria) y finalmente otros no han cambiado y se han convertido en activos defensores del statu quo conservador en la región. Lo llamativo es que los gobiernos de otros cuantos países (Marruecos, Jordania y en menor medida Argelia) que no tuvieron revoluciones se apresuraron a introducir algunas reformas políticas y tomar medidas económicas para evitar la propagación de las protestas y poder colocarse rápidamente en el equipo de los reformistas y demócratas. Obviamente todo esto ha alterado las alianzas y equilibrios intrarregionales.

Dos cosas hacen consenso. En la escena política árabe nada volverá a ser como antes y por



De nuevo los analistas occidentales recuperan los viejos estereotipos culturalistas según los cuales la democracia no es viable en los países árabes y la cultura, el tribalismo y la religión lastran cualquier cambio.

muchos intentos involucionistas o contrarrevolucionarios no hay posible vuelta al pasado. En segundo lugar los árabes fueron rápidamente conscientes de que cualquier cambio político hacia la democracia era mucho más complejo que deponer al presidente y disolver al viejo partido oficial, y que la justicia social era sin duda la demanda más difícil de materializar pues significaba cambiar un sistema que podía sobrevivir fácilmente a los cambios políticos.

Tras casi tres años algunos analistas describen el actual momento de tensiones y graves turbulencias como la fase de involución o contrarrevolución de la ola de 2011, subrayando además un fenómeno de decepción, frustración y pesimismo en las sociedades que hace resurgir valores tradicionales y prácticas autoritarias. De nuevo los analistas occidentales recuperan los viejos estereotipos culturalistas según los cuales la democracia no es viable en los países árabes y la cultura, el tribalismo y la religión lastran cualquier cambio.

Ante este tipo de discursos no viene mal recordar y subrayar algunos hechos. Las protestas no surgieron espontáneamente de la nada y se difundieron de un país a otro por mera imitación. Sólo se pueden entender como colofón de un *continuum* contestatario extremadamente diverso que marcó la década anterior. En ese momento, sobre condiciones estructurales determinadas se combinaron diversos elementos coyunturales que precipitaron los acontecimientos. Para los países árabes, las revueltas constituyeron una “*coyuntura crítica*”, es decir un momento histórico determinado en el que tienen lugar cambios significativos, con distintas formas en diferentes países y que a su vez produce una serie de efectos y legados diferentes. Por lo tanto los escenarios y las evoluciones han sido muy diversos; cualquier generalización supone simplificar enormemente el análisis y empobrecer la comprensión. Y finalmente tres años son poco tiempo para hacer un balance. ¿Acaso se podría haber juzgado la transición española a finales de 1978?

Efectivamente, ningún país está teniendo una transición fácil y suave. Todos viven situaciones problemáticas, muy difíciles e incluso devastadoras. Los logros son desiguales. Como en todo momento de cambio han caído las estructuras coercitivas de contención, han estallado las identidades y los intereses locales y particulares, han emergido conflictos acallados, hay resistencias, hay prisas por materializar proyectos y obtener respuesta a las demandas... Como en toda transición encontramos resistencias del viejo orden, el apresurado reciclaje de algunos modernistas, la falta de instrumentos de intervención política, el debate sobre la reforma del marco legal, el aumento de la conflictividad social y laboral, y la recolocación de los actores externos.

En todo caso en la escena árabe destacan dos hechos particulares. El primero es la fuerte fragmentación y división interna de la oposición democrática que desempeñó un papel relevante en las protestas, y el consiguiente aprovechamiento electoral de la coyuntura por parte de los partidos islamistas. El segundo es la llegada al gobierno de los islamistas (Túnez, Egipto, Yemen, Marruecos...), por vías muy diferentes y en formulas de cohabitación en algún caso, y que ponen en evidencia las dificultades que tienen para la gestión gubernamental y para su integración en un sistema democrático pluralista en formación. Veamos por lo tanto esa diversidad.

Efectivamente, ningún país está teniendo una transición fácil y suave. Todos viven situaciones problemáticas, muy difíciles e incluso devastadoras. Los logros son desiguales.

La tímida apertura del campo político y los discursos oficiales reformistas no impidieron que las protestas populares continuaran, generándose una situación de creciente contestación política y laboral, y poniendo incluso en cuestión el sistema monárquico de algunos países.

La difícil transición tunecina. El pequeño país magrebí, antes presentado como alumno aventajado de las reformas liberales y luego inesperado precursor de las revueltas, parece ser el único caso de transición encauzada. Una transición no exenta de problemas, con mucha tensión social e incluso violencia. Durante los primeros meses después de la deposición de Ben Ali la participación de las fuerzas de oposición y de las organizaciones de la sociedad civil en las instancias interinas fijó un marco singular para todo el proceso. Las regiones, los movimientos sociales y los partidos fueron efectivos contrapesos a los intentos de los ex benalistas de conservar su hegemonía. Sin embargo las elecciones, con una extrema fragmentación de los partidos

laicos y progresistas, dio la mayoría a los islamistas de En-Nahda, optándose luego por una cohabitación de estos con nacionalistas-progresistas y socialdemócratas. La sociedad civil y el movimiento sindical han sido un contrapoder significativo durante este proceso dominado por un debate sobre el modelo social que tiene que reflejarse en la nueva constitución. Las tensiones se manifiestan también en una inusitada violencia a manos de sectores extremistas y grupúsculos del viejo regímenes (asesinato de dos líderes de la izquierda), en enconados enfrentamientos entre laicos e islamistas conservadores, y en frecuentes casos de represión (por ejemplo a los activistas sociales y periodistas).

Los reformistas remisos. A lo largo de 2011 y 2012 varios países (Marruecos, Argelia, Jordania, Omán) se apresuraron a introducir algunas reformas para evitar la propagación de las revueltas. Quienes disponían de recursos, como Argelia, tomaron medidas inusitadas que elevaron los salarios y pusieron en marcha programas sociales de urgencia. Todos introdujeron medidas políticas liberalizadoras: se suspendió el estado de emergencia en Argelia, se reformó la constitución y hubo nuevas elecciones en Marruecos, y se cambió el gobierno en Jordania. Estos gobiernos se apuntaron a la ola de cambios, sin soltar las riendas, para que no se cuestionara el régimen y poder aparecer como países estables a los ojos de sus socios y valedores internacionales. Pero la tímida apertura del campo político y los discursos oficiales reformistas no impidieron que las protestas populares continuaran, generándose una situación de creciente contestación política y laboral, y poniendo incluso en cuestión el sistema monárquico de algunos países.

La permanente incógnita libia. Después de la guerra civil y de la intervención militar internacional, Libia ha desaparecido del foco de atención. El país encara la necesidad de construir un Estado (donde no lo había), definir un nuevo marco político y legal (después de varias décadas de experimento político y social) y consensuar un modelo de sociedad. Las fases de construcción institucional previstas se encuentran con múltiples problemas. Algunas medidas como la exclusión de ex cargos del viejo régimen (que

debilita las nacientes instituciones), la compleja gestión de las identidades regionales o el desarme de las facciones locales, han complicado el proceso. Singularmente el primer objetivo conseguido ha sido el restablecimiento de la producción petrolera y una cierta estabilidad para esta actividad a manos de multinacionales. Pero sin un verdadero estado, legítimo, eficaz y que cuente con apoyo internacional, por sus características geográficas y su historia reciente, por su todavía fragilidad institucional, Libia corre el

Su deriva autoritaria y su incapacidad para dar respuestas rápidas en materia económica, le granjeó una enorme rechazo social y provocó una vasta ola de contestación que terminó por hacer volver al ejército mediante un golpe.

riesgo de convertirse en un estado fallido, que sobreviva de la renta petrolera, y cuyo territorio sea utilizado por mafias y grupos armados transnacionales.

El fracaso de Egipto. La revolución en el país árabe más influyente, por tamaño y peso humano, político y cultural, fue sin duda la máxima ilustración de la irrupción de las masas en las calles y encarnó a nivel regional las esperanzas puestas en el cambio. Pero hoy también Egipto es la imagen más destacada del descalabro y de la decepción. Desde el primer momento la experiencia egipcia estuvo marcada por la tutela del ejército, una institución clave en la política y la economía del país, que todavía esgrime cierta legitimidad histórica, pero que es la valedora de los intereses del llamado *estado profundo*, una amalgama de grupos y personas que han beneficiado del viejo régimen y que se han servido del estado durante seis décadas. Ante la revolución popular, el ejército depuso a Mubarak, pero fue mucho más allá: fijó las nuevas reglas de la transición y designó al gobierno interino. Más aún, los militares fueron los responsables de reprimir la contestación popular de los meses siguientes y ellos pactaron con los islamistas.

La llegada de los Hermanos Musulmanes al gobierno no supuso la retirada del ejército de la política. El presidente Morsi creyó ingenuamente que con su victoria en las urnas tenía carta blanca para llevar a cabo no su programa electoral, sino su proyecto político. Sin controlar realmente todos los resortes del poder y sin generar el consenso necesario, tal como se espera en una transición inclusiva, pretendió definir un nuevo régimen y poner las bases a un cambio de sociedad basado en los valores de su organización. Su deriva autoritaria y su incapacidad para dar respuestas rápidas en materia económica, le granjeó una enorme rechazo social y provocó una vasta ola de contestación que terminó por hacer volver al ejército mediante un golpe.

Los islamistas egipcios en el gobierno no midieron bien sus fuerzas, no fueron capaces de ser la pieza clave de una transición en un sistema pluralista. Para ello deberían haber asumido su representatividad limitada, haber aceptado la diversidad del país y haber propiciado una dinámica inclusiva. Al contrario, su actuación abocó a una alianza entre liberales y militares para volver a la tutela del ejército sobre la transición.

El golpe en Egipto, al ser secundado por demócratas, nacionalistas e izquierdistas que esgrimen la legitimidad revolucionaria de las protestas, ha creado un vasto desconcierto en la región. ¿Es el golpe revolucionariamente legítimo aunque no sea democráticamente legal? ¿No supone también un comportamiento poco coherente de los demócratas egipcios que así renuncian a ser oposición en el sistema democrático? También un hecho incómodo para Estados Unidos (que lo ha encajado a regañadientes) y para la Unión Europea (*“más complejo que un golpe de estado”*, en palabras del Enviado especial Bernardino León), mientras que ha sido aplaudido o visto con satisfacción por un elenco de países tan democráticos como Arabia Saudí, Siria e Israel. Pero ni se trata propiamente de una contrarrevolución, ni de una segunda revolución que aúne a pueblo y ejército ante el secuestro de la revolución por los Hermanos Musulmanes. Se ha inaugurado una modalidad de transición autoritaria en la que se ha confiado al ejército, ahora dirigido por una nueva hornada de militares conservadores, el papel de garante y de clave del proceso. No hay retorno al viejo



Es el golpe revolucionariamente legítimo aunque no sea democráticamente legal? ¿No supone también un comportamiento poco coherente de los demócratas egipcios que así renuncian a ser oposición en el sistema democrático?

sistema de Mubarak, ni se trata de un régimen democrático pluralista (pues sigue excluyendo a la principal oposición del país). Se trata de una transición tutelada, con un gobierno de tecnócratas, con más espacio para los restos del viejo régimen (abiertos a los cambios), y con la aceptación de liberales y revolucionarios (que desde posiciones anti-islamistas asumen el coste político de la operación). Un gobierno que no toque los intereses creados del viejo régimen. En suma un pseudo-consenso que probablemente recibirá en breve el visto bueno internacional.

Tras su experiencia fallida y la lección recibida los islamistas deberán penar un período de repliegue y es previsible que asuman a medio plazo una participación más moderada. Pero también caben derivas imprevisibles en todos los órdenes. El reto del gobierno será de nuevo encauzar la

transición, asumiendo la necesidad de incluir a todos los actores, consensuando nuevas reglas, reformando las instituciones y asumiendo pactos sociales. Pero el gran desafío será dar respuestas a las demandas sociales y abordar los muy importantes problemas económicos del país (déficit público, deuda, desempleo, falta de divisas, caída del turismo).

El desastre sirio. La hecatombe que vive el país es el caso más patente de deriva devastadora de las protestas. A mediados de 2011, mientras en otros países se daban los primeros pasos de las transiciones, el gobierno sirio acalló con extrema violencia las protestas ciudadanas; la resistencia, en algunos casos armada, alimentó una dinámica represiva de gran envergadura. El resultado ha sido una conflagración general, verdadera guerra civil, que ya suma más de cien mil muertos, y varios millones de desplazados y refugiados.

Ante la confusa respuesta internacional inicial, pasividad de unos ante la represión (Europa), intromisión de otros armando a los rebeldes (Turquía, Arabia Saudí, Catar) y limitaciones de Naciones Unidas (ante la posibilidad de veto de una resolución), Siria se ha convertido en escenario de las apetencias e intereses de países vecinos y potencias con pretensiones de influencia. La anunciada amenaza de una intervención internacional limitada, sin mandato de Naciones Unidas, muestra la complejidad del caso. Los promotores, Estados Unidos y el Reino Unido, han reculado ante la falta de apoyo de sus parlamentos y sus opiniones públicas, así como por la posición de Rusia partidaria de encontrar un acuerdo político. Francia sigue empeñada en castigar al régimen. Finalmente parece que muchos han empezado a admitir que un ataque hubiera complicado aún más la situación. Otros actores empiezan a valorar en su justa medida los efectos desestabilizadores en la región (en Líbano, en Israel) que tendría una caída del régimen de El-Asad.

Las perspectivas no son nada esperanzadoras. La guerra sigue sumando víctimas. Se dibuja un posible división del país entre tres zonas (bajo control rebelde, bajo control gubernamental y bajo control kurdo). La presencia creciente y el protagonismo de yihadistas entre los rebeldes confirma un riesgo de iraquización del conflicto

y complica cualquier salida política. A la postre el dictador de Damasco se ha convertido en una pieza clave para la estabilidad regional, y no son tantos los que quieren verle caer si no hay garantías de un sustituto más decente y confiable. La situación humanitaria y la propia racionalidad política exigen un cese del fuego y una solución política al conflicto que garantice justicia y democracia. Hoy por hoy las negociaciones para una Conferencia de paz bajo los auspicios de Naciones Unidas son la vía. Pero de nuevo aparecen las interferencias y la voluntad oportunista de algunos actores (Estados Unidos empeñado en

Mientras en otros países se daban los primeros pasos de las transiciones, el gobierno sirio acalló con extrema violencia las protestas ciudadanas; la resistencia, en algunos casos armada, alimentó una dinámica represiva de gran envergadura. El resultado ha sido una conflagración general, verdadera guerra civil.

excluir a Irán o exigiendo la renuncia de El-Asad) para configurar una solución en función de sus intereses.

Arabia Saudí y las monarquías del Golfo.

Las revoluciones árabes han impulsado el protagonismo regional de las monarquías conservadoras de la Península Arábiga. Estos regímenes autocráticos un dudaron en intervenir en Bahrein para sofocar las propuestas y hoy despliegan una agenda de apoyo a sus socios: sean monarquías autoritarias que requieren ayuda financiera para contener las protestas, sea a grupos ultraconservadores que desestabilizan los procesos de transición o que participan en la guerra en Siria. Desafortunadamente estos regímenes, con importantes recursos financieros, fascinan puerilmente a muchos gobiernos y creadores de opinión. Ante el sky-line de Dubai, el tren de alta velocidad en Arabia, los eventos deportivos en Qatar o el mecenazgo de la jequesa de turno, parece que no importan sus prácticas feudales, su autoritarismo, la falta de libertades

básicas, la explotación de los trabajadores extranjeros o el apoyo que brindan a integristas en múltiples conflictos. Hoy se han convertido en los grandes valedores del mantenimiento del statu quo o en apoyos claves de experimentos reaccionarios.

Nuevas alianzas, nuevas rivalidades. Las revoluciones han alterado las viejas alianzas y han provocado un reconfiguración de las relaciones entre los actores estatales. Los nuevos gobiernos han introducido cambios en su acción exterior; algunos países han desplegado un inusitado activismo, público o encubierto, asumiendo frecuentemente un papel contrarrevolucionario; también se han implicado vecinos no árabes (Israel, Turquía, Irán), y evidentemente las potencias extrarregionales que mantenían a los viejos regímenes no se han mantenido al margen. La ayuda financiera, antes provista por EEUU, los organismos financieros internacionales y Europa, ahora es un instrumento que también despliegan otros actores.

Estados Unidos y Europa reaccionaron a los cambios de manera tardía, errática y vacilante. A pesar de sus intereses (estabilidad, desarrollo económico) y su discurso prodemocrático, parece que no saben muy bien a quien apoyar. Sus viejos aliados, que garantizaban la estabilidad han sido depuestos, los nuevos dirigentes no les inspiran confianza, y los demás actores regionales complican la situación al participar en alianzas cruzadas. En particular Estados Unidos, más allá de un pragmatismo cauteloso, ha mostrado sus limitaciones en la región lo que es sin duda refleja de una pérdida de hegemonía a favor de otros actores.

La Unión Europea ha adaptado su agenda, especialmente en lo discursivo, pero sus ejes de interés siguen siendo la seguridad, el desarrollo económico y la estabilidad política (vía reforma de los sistemas y nuevas reglas del juego). Insiste en la condicionalidad y ha puesto en marcha nuevos instrumentos de cooperación (acuerdos de Asociación para la Democracia y la prosperidad Compartida), sin embargo el compromiso financiero es muy limitado y la UE, sin una verdadera acción exterior común, tiene por lo tanto un impacto y capacidad de influencia muy limitado. España le va a zaga; hace unos meses un alto cargo de Ministerio de Asuntos Exteriores y Co-



Hoy por hoy las negociaciones para una Conferencia de paz bajo los auspicios de Naciones Unidas son la vía. Pero de nuevo aparecen las interferencias y la voluntad oportunista de algunos actores (Estados Unidos empeñado en excluir a Irán o exigiendo la renuncia de El-Assad) para configurar una solución en función de sus intereses.

operación de España afirmaba que *“había sido bueno que no hubiera revoluciones en Argelia y Marruecos”*, dados sus posibles efectos en los intereses españoles. La tendencia de EEUU y de Europa a actuar según parámetros arcaicos que ya no corresponden al momento es una muestra evidente de debilidad y que la influencia occidental euro-estadounidense está en declive.

En un marco de incertidumbre e inestabilidad por los cambios políticos internos que afectan un número importante de países, la región vive un reequilibrio de poder. Diversos actores aumentan las tensiones (Turquía, Qatar, Arabia Saudí, Israel) y se han acentuado las rivalidades. El resultado de ello son alianzas complejas que responden a varias lógicas (en las que priman intereses nacionales y no sólo la pertenencia a los bloques anteriores), pero que también son muy volátiles.

Faltantes y perdedores. En materia de libertades, de justicia social y en lo que toca a la resolución del conflicto angular de Oriente Medio también se ha avanzado muy poco.

Las libertades. Los movimientos de 2011 aglutinaron demandas muy variadas; una parte de ellas fueron demandas políticas democráticas frente al autoritarismo de los regímenes y demandas de libertad y de respeto a los derechos fundamentales. El balance de lo logrado en tres años es muy desigual. En algunos países se dieron pasos, generalmente muy limitados, para ampliar las libertades (Túnez, Argelia, Marruecos, Libia, Jordania, Yemen), pero en otros los espacios de libertad se cerraron (Egipto). Hoy sindicalistas, activistas sociales, militantes de organizaciones políticas o jóvenes artistas son detenidos y muchas veces juzgados con los mismos instrumentos del régimen anterior.

La justicia social. Si bien en muchos casos los primeros manifestantes fueron jóvenes de las clases medias, las revueltas llegaron a aglutinar a las masas porque demandaban justicia social, empleo, servicios y futuro para los jóvenes. Los movimientos sociales que venían batallando en este campo desde hacía tiempo fueron piezas clave en las protestas. El balance en materia social es catastrófico: en ningún país se ha dado respuesta a estas demandas. El bajo crecimiento, la caída de los ingresos públicos y la deuda han agravado la situación económica, mientras aumentan la demanda de servicios, de empleo y salarios dignos. Los precios de productos básicos se han disparado y las bolsas de pobreza se han extendido. Fruto de ello es la explosión de los conflictos sociales y de las huelgas por casi todos los países. Ante este reto gigantesco, en ningún lugar se han dado reformas económicas de calado, ningún golpe de timón respecto a las medidas privatizadoras y liberalización salvaje de la década precedente. La justicia social resta como un desafío para los gobiernos pero también para la comunidad de donantes y los organismos financieros internacionales.

La cuestión palestina. En un primer momento pareció que las revoluciones árabes habían eclipsado la cuestión palestina. El escenario era ciertamente poco esperanzador: una Autoridad Nacional Palestina dividida, negociaciones con Israel bloqueadas y una ocupación que no se detiene y día a día extiende los hechos consumados

para imposibilitar una solución justa al conflicto. Si bien la Autoridad nacional Palestina ha tomado algunas iniciativas en la escena internacional, nada ha cambiado sustancialmente. El statu quo se ha mantenido mediante una continua inyección de ayuda internacional a la administración palestina y desresponsabiliza al ocupante. Los cambios políticos en la región han forzado también recomposiciones de alianzas (Hamás se distanció de Siria y se acercó al Egipto

La tendencia de EEUU y de Europa a actuar según parámetros arcaicos que ya no corresponden al momento es una muestra evidente de debilidad y que la influencia occidental euro-estadounidense está en declive.

La Unión Europea y en especial los estados del sur de Europa deberían prestar mucha más atención a la región, no sólo verla como un mercado o una fuente de recursos naturales, sino como verdaderos vecinos, cuyo presente y futuro nos importa mucho, con los que hay que convivir y no sólo coexistir.

de Morsi) que a la postre debilitan tanto a los palestinos de Gaza como a los de Cisjordania. Mientras tanto Israel cuenta con el debilitamiento de todos los susceptibles aliados de los palestinos (Siria, Hezbollah, Irán, Hermanos Musulmanes de Egipto).

Nuestro vecindario árabe está en plena mutación. El cambio social operado en todos los países ha sido profundo, pero sigue habiendo un desfase con la cultura política de las poblaciones y con los sistemas políticos. La Unión Europea y en especial los estados del sur de Europa deberían prestar mucha más atención a la región, no sólo verla como un mercado o una fuente de recursos naturales, sino como verdaderos vecinos, cuyo presente y futuro nos importa mucho, con los que hay que convivir y no sólo coexistir. ✓